

letra
natural

6^{ta}. Edición Concurso

Los Haitises

Último refugio del Gavilán

Cuentos del Concurso Literario
Infantil-Juvenil 2016-2017



Querida Tania:

En el día del amor y la amistad te quiero expresar que eres especial para nosotros aquí en la Haití porque eres única y te queremos mucho. Quiero que sepas que tenemos todo lo posible por presentarte y alejarte de los peligros y amenazas. Esto es un día muy especial e importante para nosotros.

No estes triste, tu no estas sola, nosotros te cuidaremos y apoyaremos porque queremos que seas feliz y que todos nosotros a ti como antes y puedas andar sintiéndote libre y ser esa persona que este tu hogar sea protegido por nosotros los personas.

Quiero comentarte que te estado aprendiendo de ti muchas cosas buenas e importantes para tu ciudad, para que sepas que puedes contar con nosotros. He aprendido a cuidarte y no maltratar y eso puede ser mejor para el bienestar tuyo, yo quisiera que otras generaciones puedan aprender de ti y sentir esta emoción que siento cuando hablo de ti porque eres muy importante para mi y mis compañeros.

Espero que sigas teniendo fe y que el ambiente para ser sea feliz. Te agradezco por formar parte de nuestra comunidad ya que contribuye con una equilibrio ecológico y le da más sentido a nuestra fauna.

Te quiero,

Por tu amor y respeto por 7 millones
C.B. Eugenia María de Haití
© los guardianes del espíritu

letra
natural
6^{ta} Edición Concurso

Los Haitises

Último refugio del Gavilán

Cuentos del Concurso Literario Infantil-Juvenil 2016-2017



Textos

Laura Gabriela Fernández Abreu
Tiffany Bertola Henríquez
Leoneris De La Cruz Jiménez
Lesly Scarlet Tineo Franco
Isabella Galán Salcedo
Larianna Pineda Cabrera
Alejandra Cairo Toribio
María Laura Carrero
Sabrina Marie Díaz Firpo
Ricardo José Jiménez De La Rosa
Zelidee Antoníela Gúémez Henríquez
Estudiantes de 7.º y 8.º
de la Escuela Primaria Los Guaraguaos, Los Haitises

Ilustraciones

Angie Díaz
Ilka Marra
Ivanna Candelier

Diseño y diagramación

Nodo

Corrección de textos

Correctomanía

Impresión

Amigo del Hogar

ISBN: 978-9945-9069-5-0

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, la reproducción (electrónica, química, mecánica, óptica, de grabación o de fotocopia), distribución, comunicación pública y transformación de cualquier parte de esta publicación -incluido el diseño de la cubierta- sin la previa autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual y de la editorial. La infracción de estos derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Impreso en República Dominicana, 2017.

Índice

Prólogo: El gavilán sí tiene quien le escriba	5
Primer lugar: El reino oculto de los gavilanes	7
Segundo lugar: A través de mis ojos	17
Tercer lugar: Memorias de un deponente	25
Cuarto lugar: Una pequeña gran vida... como la de Cahul	31



Menciones honoríficas

Persio, un gavilán en aprietos	45
El gavilán está vivo	53
Hermoso plumaje	61
Sophía y sus aventuras	69
La aventura de Gabriel	77
El gavilán tricolor	85
En busca de los gavilanes	91
La tristeza de Gavilán	99





Prólogo

El gavilán sí tiene quien le escriba

Los Haitises, República Dominicana

14 de febrero de 2017

Querido Gavilán:

En el Día del Amor y la Amistad queremos expresarte que eres especial para nosotros, aquí, en Los Haitises; eres único y te queremos cuidar. Nos gustaría que sepas que haremos todo lo posible por preservarte y por alejarte de los peligros y amenazas que se ciernen en tu contra.

Eres un ave muy importante para todos nosotros. No estés triste, no estás solo. Te cuidaremos y apoyaremos, porque queremos que sobrevivas y que todo vuelva a ser como antes, cuando te sentías libre. Por eso, haremos que en este, tu hogar, te sientas protegido.

Queremos comentarte que hemos aprendido muchas cosas bonitas e importantes de ti, para brindarte la protección que te mereces. Es bueno que sepas que puedes contar con nosotros. Hemos aprendido a cuidarte y a no maltratarte. Además, deseamos que otras generaciones puedan conocerte y sentir la misma emoción que nosotros cuando hablamos de ti.

Esperamos que sigas teniendo familia y que el ambiente siempre sea el adecuado para que vivan felices. Te agradecemos por formar parte de nuestra naturaleza, pues contribuyes con el equilibrio ecológico y das valor a la fauna de Los Haitises.

Te queremos,

Niños, niñas y profesores de 7.º y 8.º,
Escuela Básica Eugenio María de Hostos,
Comunidad de Los Limones (Los Haitises)

*Carta colectiva editada, creada en un taller de sensibilización sobre el gavilán.



Primer lugar

El reino oculto de los gavilanes

LAURA GABRIELA FERNÁNDEZ ABREU

Ilustraciones: Angie Díaz



El reino oculto de los gavilanes

*“Cuando no dejas extinguir una especie estás dejando una huella verde, un mundo más equilibrado y un gesto imborrable en el corazón de la Madre Naturaleza, que se lo devolverá a tu siguiente generación”,
Madame Sagá.*

Un buen día, Lucía llevó a sus nietos (Alfredo y Tito) de paseo por Los Haitises. En una de las sendas de la travesía percibieron un sonido que provenía de una palma: se trataba de un ave que alimentaba a sus dos crías.

Luego, escucharon a unas personas decir que eran unos guaraguaos que se comían a las gallinas y sus retoños. Lucía se les acercó y les aclaró que no era así, que esas aves se llamaban *Buteo ridgwayi* y que, comúnmente, eran conocidas como Gavilán de La Española por ser endémicas de nuestra isla. También les informó que esta especie está protegida porque corre peligro de extinguirse, y que la mayoría de veces su dieta se basa en reptiles o anfibios.

Tras los agradecimientos que recibieron del grupo, el trío retornó a casa. Allí, Alfredo le preguntó a su abuela cómo sabía tanto de estas aves. Ella se acercó sonriente y le dijo: «Les contaré una historia. Había una vez un reino hermoso, escondido en una isla del Caribe, llamado La Española, donde vivían muchos animales, incluidos unos hermosos gavilanes que solo habitaban allí.

Un día la Madre Naturaleza, quien dirigía ese lugar, se paseaba por un sendero y vio con preocupación cómo dos hombres -comandados por Carlos, un comerciante ilegal de aves de la zona- talaban árboles y tumbaban nidos con polluelos y huevos.

Molesta, se puso a pensar cómo hacerles ver el daño ocasionado. Al pasar un rato, solo quedaba Carlos, quien revisaba los nidos y enjaulaba a los polluelos, ya que sus empleados se habían marchado. Así que la Madre Naturaleza, con su varita mágica, devolvió todo a su sitio delante del aterrado Carlos,



quien pensaba que eran alucinaciones. Después, tocando su nariz con la varita, se hizo visible y se dirigió al anonadado jefe de los taladores.

—¡Tremenda destrucción la que causas por aquí! ¿Eh? —reclamó enojada.

—¡Qué! ¡Guay, mi mai! ¡Una ciguapa! ¡Dio' mío! ¡Más nunca vuelvo a estos montes... Dios, sálvame, por favor! ¡Ay, Virgencita de la Altagracia! —respondió el hombre de rodillas y hecho un manojo de nervios.

—¡Ninguna ciguapa! —refunfuñó ella con cara de fastidio—. Soy la Madre Naturaleza, y hoy aprenderás tu lección por destruir cosas que no puedes crear.

En un santiamén, movió su portentoso instrumento para convertir a Carlos en un Gavilán de La Española o guaraguaito.

—¡Mi madre, ya si fue! ¿Será que estoy alucinando? Esto no puede ser... —dijo Carlos al examinar todo su cuerpo y solo ver plumas.

—Pues no, no estás alucinando; el hechizo durará hasta que aprendas tu lección. Me voy, porque hoy tengo que ir a clases de *Aumento de Neblina* —refirió la Madre Naturaleza.

—¡Ey, no! ¡Tú no puedes dejarme así, ciguapa! Dízque ahora soy un gavilán... ¡Esto era lo único que me faltaba!

Después de rondar por varias horas, y de comer insectos y lagartos sin detener sus impulsos de gavilán, escuchó varios ruidos y vio acercarse a un grupo de hombres.

—¡Por fin! ¡Personas normales! Déjame ver si las alcanzo y les explico lo que me hizo la ciguapa esa, seguro que me ayudarán... ¡Ey! Soy yo... ¡Carlos! —Su lenguaje ya no se entendía y solo lograba cacarear como un Gavilán de La Española.

—¡No lo dejen escapar, que se comió las gallinas! —escuchó vociferar a los hombres que le habían disparado con una escopeta, mientras abría desorbitadamente sus ojos y trataba de correr.

Por instinto, alzó el vuelo y sintió que a los pocos minutos volvían a dispararle... Entonces, cayó herido al suelo.

—Muero... ¡Me duele! Díganle a mi madre que la quiero. ¡Adiós, mundo cruel! Lo peor es que no me gustan las gallinas —suplicó a la Madre Naturaleza.



—¡Primera lección cumplida! —respondió ella, mientras lo observaba sonriente.

En tanto, el ave revisó su cuerpo a ver si estaba herido y, al notar que no era así, cruzó sus brazos -o, mejor dicho, sus alas-.

—¿En serio, pana? ¡Tú debes ser la ciguapa más mala de este pedazo! ¿Cómo me das un susto así? Pensé que eso había sido real... ¡Ya aprendí tu “famosa” lección! Así que, ¡libérame, que tengo un juego de dominó con los muchachos esta noche... y ya es tarde! Además, no es que yo le tenga miedo a la oscuridad, pero estos montes se ponen medio peligrosos de noche —alegó Carlos.

—Claro, me imagino que por gente como tú... ¿no? Te dejo, que tengas buenas noches. ¡Ah! Y súbete a un árbol, porque a algunos animales les gusta comer carne fresca —le respondió sarcásticamente la Madre Naturaleza.

—¡Ey! ¡No te vayas, ciguapa! O sea, ¿me vas a dejar aquí otra vez? —le reclamó Carlos mientras la veía desaparecer.

A partir de aquel momento, el pequeño gavián comenzó a escuchar los sonidos propios de los animales que vivían en esa zona y, al ver cómo anochecía, voló a un árbol. Se sentía solo y desprotegido. A seguidas empezó a llover, una pareja de gaviñanes, llamados Michael y Dana, lo observaban desde su nido.

—Mira. Ese debe ser algún nuevo, de esos que trae la Fundación y que han vivido en cautiverio —refirió Michael a su compañera.

—Sí, se le ve un poco desorientado... pero no quiero bajar hasta ese árbol hasta que no escampe —le contestó Dana antes de cerrar los ojos para entregarse al sueño nocturno.

Al día siguiente, todo parecía mágico: la Madre Naturaleza practicaba sus clases de *Rocío Matinal*, *FloreCIMIENTO* y *Amanecer Hermoso*. Hacia allá voló Carlos -como pudo, pues no era tan diestro- tras chocar, con una de sus alas, un nido donde habitaban dos polluelos.

—¡Oh! ¿Ya despertaste, dormilón? —le cuestionó la Madre Naturaleza.

—Muy graciosa, ciguapa. Dime: ¿cuál es mi próxima prueba? —le inquirió él, con sarcasmo, mientras se acomodaba las plumas.

Pero al ponerse de pie, la Madre Naturaleza no estaba ahí; solo era un espejismo. Mientras, Dana y Michael se reían de Carlos por lo aparatoso de su aterrizaje forzoso. Él los miró y pensó que al menos

estaría acompañado; trató de comunicarse con ellos en tono de jefe apache, pero solo logró provocar más risas entre sus iguales.

—¡Hola! Yo soy Carlos. Tener poco aquí. Necesitar ayuda para conseguir la ciguapa que ponerme un hechizo —les refirió antes de ver cómo explotaban de la risa.

—¡Hola! Soy Dana y él es Michael. Vivimos en el nido de arriba. ¡Vamos a buscar comida para nuestros bebés. Creo que te refieres a la Madre Naturaleza, ella está en todas partes. ¿No la ves?

—¡Ay, ay, ay! —dijo Carlos, mirando al suelo, en voz baja y llevándose las alas a la cabeza—. Ella no me va a entender, yo me embromé.

—¿Qué dijiste? —le cuestionó Michael.

—No, nada. ¡Qué bueno que me entienden! ¿Les puedo acompañar? Es que soy nuevo por aquí y uno no sabe dónde conseguir las cosas... ¿Ustedes saben? —contestó Carlos.

—¡Claro! —reaccionó Dana.

—Bueno, pero no te acostumbres —reclamó Michael.

En poco tiempo, los tres se hicieron grandes amigos; volaban, jugaban, comían y llevaban alimento a los polluelos, que ahora tenían plumas. El pequeño gavián comenzaba a acostumbrarse a la idea de que jamás encontraría a la Madre Naturaleza para volver a su estado normal.

Un día, mientras buscaba alimento con Dana y Michael, Carlos escuchó el llamado de los polluelos.

—¡Oh, no! ¡Cazadores! —alertó a los demás.

—¡Mis bebés! —exclamaron Dana y Michael al escucharlo.

No bien el trío de aves voló presurosamente hacia el nido, Carlos reconoció de inmediato a sus antiguos empleados, quienes estaban tumbando la palma donde habitaban las crías de Dana y Michael. Desesperado, revoloteó sobre ellos e intentó detenerlos, pero fue inútil.

Cuando el árbol iba a caer, uno de los desaprensivos logró atrapar a Carlos y al enjaularlo pensó: «Serás un pájaro muy bueno para don Carlos, y los polluelos se venderán a muy buen precio». De su lado, Carlos gritaba y trataba de salir de la jaula hasta que se desmayó.

Al despertarse, todavía asustado, se dio cuenta de que todo había sido un sueño. Justo en ese momento sus empleados llegaron a tumbar los árboles donde él había ubicado, antes de quedarse dormido, a los polluelos que quería. De inmediato, los detuvo y les dijo que no lo hicieran, pero a lo lejos escuchó unas voces y corrió hacia una palma, rodeada de personas, a la que un joven había escalado en procura de un nido; Carlos se acercó y les pidió encarecidamente: —¡Ey! ¡No lo hagan! Yo les pago lo que sea, para que dejen a esos polluelos ahí.

En eso, una joven se le acercó por detrás y le dijo: —Tranquilo, solo vinimos a ayudar a estas crías y a revisar que no estén infectadas por larvas *Philornis pici*. De ser así, las curamos, las registramos para monitorear su desarrollo y, luego, las integramos a su hábitat.

Carlos respiró aliviado, y se sentó.

—¿Ciguapa, eres tú? —preguntó mirando a los ojos de la joven.

—No, me llamo Lucía —respondió ella con una pícara sonrisa—. Soy del equipo del Parque Zoológico Nacional. Pareces un poco desorientado. ¿Has aprendido alguna lección aquí, en Los Haitises?

Entre narrativas, descripciones y diálogos, ya se había hecho tarde. Por eso, la historia con que había cautivado a sus nietos debía ser cerrada con broche de oro.

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado. ¡A dormir!», concluyó Lucía.

—Entonces, abuela, ¿tú eres la Madre Naturaleza? —escudriñó Alfredo.

—¡Sí! ¡Y el abuelo es Carlos! —agregó Tito.

—Si lo fuera, ya estarían durmiendo —contestó Lucía a sus nietos, haciéndoles cosquillitas—. ¡Vamos! ¡A dormir! Que mañana tienen que ir al colegio...

Lucía salió de la habitación y, antes de apagar la luz, sonrió pícaramente y se dijo a sí misma: «¡Lección aprendida!».



Segundo lugar

A través de mis ojos

TIFFANY BERTOLA HENRÍQUEZ
Ilustraciones: Ivanna Candelier



A través de mis ojos

—¡Ayuden a esta ave! ¡Está muy mal herida!

—¡Traigan vendajes y una jaula!

Los hombres que le rodeaban estaban apresurados. Corrían de un lado a otro, con desesperación. Él sentía más frío que nunca, que el sol brillaba con más fuerza y que su respiración se hacía más pesada. ¿Sería que otra vez vendrían a colocarle aparatos?

TRES AÑOS ANTES...

Era de madrugada en el Parque Nacional Los Haitises. El sol comenzaba a bañar de luz y color las bellas colinas. Los animales abrían los ojos para iniciar otro día de caza y supervivencia, mientras que en cierto árbol habitaba una pequeña ave: un Gavilán de La Española... Su nombre era Gael.

«¡Mamá, no! ¡Déjame! Quiero dormir...», suplicó antes de abrir los ojos para buscar la mirada de su madre y, posteriormente, no encontrarla.

Gael se hallaba solo en su nido desde hacía pocos meses, cuando perdió a sus padres tras ser asesinados por tres pelotitas -“balas”, según las criaturas que las disparaban- que venían desde lejos a una gran velocidad... Su pequeño corazón estaba desolado, pero por más que le doliese tenía que aprender a sobrevivir.

«¡Gua! ¡Qué frío hace esta mañana!», comentó al picotear sus plumas, para luego esponjarlas y descender del árbol.





A lo lejos unas ramas se rompieron, esto alertó al animalito e hizo que se escondiese tras un arbusto para ver cómo se acercaban varias siluetas humanas. Desde hacía mucho tiempo las veía a diario; sus extremidades señalaban hacia diferentes árboles, mientras desenrollaban extraños pedazos de un material fino y rectangular, que tenían unas líneas trazadas a la perfección y eran llamados “planos de una fábrica”.

«No debería asustarme. ¡Aquí los únicos animales peligrosos son las serpientes! Creo que debería tener más cuidado», pensó mientras aleteaba.

El pequeño voló hacia su nido, donde empezó a comerse un pequeño gusano que había capturado en tierra al observar atentamente los movimientos que realizaban aquellos “extraños” visitantes que siempre se presentaban con singulares y novedosos objetos.

«Volaré un poco», musitó con un tono de inseguridad. ¡Quién sabía con qué problemas podría encontrarse si permanecía allí! Gael no tenía a nadie que lo protegiese. Era único y raro...

Su rutina se repetía cada vez, cada día, sin falta... Sin embargo, él siempre le sonreía a la vida, pues las lágrimas se le habían acabado desde hacía mucho tiempo.



El calor se sentía con más fuerza, pues los rayos solares resultaban cada vez más candentes durante esta época del año. Gael se posó en una rama, ya que aún no estaba acostumbrado a volar por mucho tiempo; sin embargo, este era uno de sus pasatiempos favoritos desde que se quedó solo.

—No deberías ser tan descuidado con aquellas criaturas, pueden ser peligrosas —le reclamó una voz grave y tenebrosa.

Gael saltó del susto y terminó en el suelo.

—¿Quién dijo eso? —respondió asustado.

Mientras, unos destellantes ojos lo deslumbraron desde la oscuridad y una penetrante mirada anaranjada lo dejó perplejo, sus plumas se erizaron... ¡Era una lechuza orejita!

—Tú tampoco pareces muy amigable, ¿eh? —le reclamó este búho a Gael, quien lucía asustado, pero sabía que ignorarlo no habría sido muy buena idea—. ¿Qué ganaría con decirte mentiras? Este también es mi bosque y mi hogar, pero esas criaturas no lo entienden... Cuando todos ustedes vengán a darse cuenta, ya no tendrán casa.

La lechuza pasó a otra rama, dejando atrás a aquel gavilán que no sabía en quién confiar. Él no podía hacer mucho... era pequeño e insignificante.

Tras el presentimiento de que algo malo iba a pasar, volvió a su nido, encontrándose con lo peor...

ACTUALIDAD...

Poco a poco, sentía que perdía la vista; veía todo borroso. No se sentía bien...

«¡Lo perdemos!», escuchó semiconsciente.



TRES AÑOS ANTES...

Gael se encontraba en una jaula. Al abrir levemente los ojos pudo ver que alguien se le acercaba: una criatura (alta, de tez blanca, pelo negro y ojos azules) que levantó aquella caja para llevarla a un cuarto blanco, colocarla sobre una mesa y abrirla.

Esta procedió a sacar de un cajón una jeringuilla con un extraño líquido verde, luego sostuvo suavemente el ala del ave e introdujo la aguja. Gael se durmió.

«El ave comienza a mostrar mejoría. Hoy pude ver sus ojos abrirse, parecía mareada y confundida. El ala aún está malherida. No muestra infecciones en ninguna parte del cuerpo. Acabo de inyectarle el calmante AFO3, ahora comenzaré la operación», refirió aquel ser.

En unos minutos, Gael estaba conectado a unos tubos que lo separaban de la muerte. Se sumergió en un sueño muy profundo, donde pudo volver adonde pertenecía: aquel lugar lleno de árboles y manglares al que habían vuelto las especies de las que tanto le hablaban sus padres. Podía ver cómo las pequeñas casas de aquellos animalitos no eran una molestia para nadie. Allí todo era armonía y felicidad, pero solo se trataba de un sueño... La realidad era lo opuesto.

Gael sufría, pero no mostraba su dolor. Se lamentaba al ver cómo les habían arrebatado lo último que les quedaba, pero juzgaba como “terribles y sin corazón” a los responsables; sabía que entre estos todavía había criaturas de buena fe, como aquella criatura que curó la herida que alguien más le propinó.

ACTUALIDAD...

No puede creerlo: ¡vuela como antes! Al parecer, estas personas le han salvado la vida y la verdad es que está muy contento. Hasta el momento, no ha podido expresarle su gratitud a esos seres, porque no los ve por ningún lado.

Sin embargo, puede oír, nuevamente, el canto de esas aves que se encontraban en aquel bosque destruido; ahora también los ve. Su papá y su mamá, sorprendentemente, están a su lado al igual que todos esos animales que nunca había visto. En esta ocasión, ni se trata de su imaginación ni es un sueño...

La música creada por las pequeñas cascadas crean un ambiente especial... Después de tanto sufrimiento, por fin encuentra el lugar del que todos le habían hablado: el paraíso.

Cuando los noticieros televisivos hicieron el siguiente reporte, muchas personas apagaron sus televisores; algunas lamentaron el hecho; y otras siguieron con su vida... Pero, al final, todas salieron lastimadas: *“Ayer, 12 de septiembre de 2018, tres excursionistas encontraron en grave estado de salud a un Gavilán de La Española, el último ejemplar de esta especie en el país. Aunque de inmediato procedieron a notificar el hallazgo a las autoridades competentes del Parque Nacional Los Haitises, el ave murió en sala de cirugía tras cuatro horas de operación. A pesar de que este hecho pudo prevenirse, nadie tomó las medidas de lugar...”*

No todo tiene un final feliz, pero existe mayor posibilidad de revertirlo si hacemos algo... ¡ahora!



Tercer lugar

Memorias de un deponente

LEONERIS DE LA CRUZ JIMÉNEZ

Ilustraciones: Ivanna Candelier



Memorias de un deponente

Desde aquí he visto cuerpos caer sin vida al vacío. Desde mi posición he tomado conciencia. He escuchado atenta los sollozos de las víctimas que, sin esperanza, desean y esperan su muerte; el sufrimiento es una tortura que te hace temer a la vida, más que a la muerte.

No pienso permanecer de brazos cruzados observando cómo se destruyen vidas inocentes. Pero, ¿qué puedo hacer? No soy como ellos ni como los demás. Lo único que me permiten mis limitaciones es ofrecerles un techo, una vivienda, que hasta hace unos momentos pensaba era segura. Ahora no sé qué decir. Las pequeñas plagas no se limitan por su tamaño o poder; siguen adelante. ¿Por qué yo no? ¡Ah, es cierto! Ni siquiera puedo moverme.

Soy tan dependiente de todo: solo una fuerte bocanada de aire puede balancearme, sin la tierra no vivo; si descanso de esta, moriré al instante. Debo depender hasta de organismos invisibles, de nutrientes ocultos y de una esfera caliente que nos obliga a girar a su alrededor.

¿Por qué? Esa es la pregunta que me he formulado toda la vida, y sigo aún sin responder. Digo que todo pasa por una razón y, aunque no me guste, debe ser así, no lo puedo cambiar, ¿o sí?

Puede que esté destinada para algo.

Al final, lo que más importa es lo que hagamos o dejemos de hacer, pero a veces tengo miedo de mi corazón. De su hambre constante, de lo que sea que quiere, de la forma en que se detiene... y comienza otra vez.



Una mañana desperté con la certidumbre de que algo nuevo pasaría, y así fue.

A nuestro hogar vino una especie extraña. Según escuché, era humana. Cuando vino, todos nos alarmamos, pensamos que se trataba de un monstruo capaz de devorar todo. En cierto modo así era, pero no irrumpió con esa motivación, en cambio decidió ayudar para que el ciclo de la vida siguiese su curso.

Es increíble lo que ha hecho. Desde el momento en que llegaron las plagas, fue capaz de realizar lo que todos deseamos en solo unos meses, con organización, trabajo en equipo y colaboración.

Este hecho justifica mi admiración hacia las criaturas de esa especie. Son fuertes, valientes, pero temerarias; calculadoras, pero espontáneas; indescriptibles y, a la vez, predecibles; qué más puedo decir, son humanas.

Mientras mis compañeros de vida, los gavilanes, son cuidados atentamente, yo los observo de igual manera. Cuántas emociones encontradas me causa verlos así, en buenas manos, pero a la vez encerrados, ¿cómo algo que te alivia puede ser frustrante a la vez?

¡Se los están llevando! La impotencia me ciega, arrebatándome la tranquilidad que he conseguido durante años, pero por alguna razón me controlo, porque sé que mis amigos alados sufrirán menos ahora...

Desde aquí, he visto cuerpos caer sin vida al vacío. Desde mi posición, he tomado conciencia, he escuchado atenta los sollozos de las víctimas que, sin esperanzas, desean y esperan su muerte, pues el sufrimiento es una tortura que te hace temer a la vida, más que a la muerte.

Pero lo superarán, recordarán esto y reirán. Los gavilanes, mis amigos, mis compañeros de vida, vivirán nuevamente, renacerán, tal como yo: una palma más de mi fiel hogar; el que una vez fue el de mi amigo, el gavilán.



Cuarto lugar

Una pequeña gran vida... como la de Cahul

LESLY SCARLET TINEO FRANCO

Ilustraciones: Ilka Marra



Una pequeña gran vida... como la de Cahul

«Luz, hay demasiada luz», cuatro pares de ojos se concentran, por un momento, en mi lento nacimiento.

«Familia», pienso, soy la última en salir del cascarón.

Pasado ya mi nacimiento, contemplo el ambiente caótico que reina en mi familia: mis hermanos enloquecen con la llegada de papi con la comida, mientras mami me seca y abriga. Y ya terminada de esponjar, me uno hambrienta a la batalla por la comida.

Después, papi se embarca nueva vez en la búsqueda de alimento para los suyos.

«¿Dónde estoy?», me pregunto. Miro el borde del nido. Aparentemente estoy en una palma. Mamá y papá se parecen mucho. Tienen un color marrón grisáceo en las partes superiores, mientras que el pecho y el abdomen son grises, manchados con marrón. Además, tienen las patas amarillas con uñas afiladas; sus colas negras, con finas rayas blancas. Pero mamá es un poco más grande que papá.

Uno de mis hermanos se vuelve para mirarme.

«Parece un monstruo», me asusto. Su ojo está completamente destrozado y ensangrentado. Tomás (mi hermano) llora, y mami acude en su auxilio, acariciándole tiernamente como si los abrazos sanaran cualquier mal o penuria.

Volteo bruscamente tal vez con la esperanza de borrar de mi cabeza aquella horrible imagen, cuando me topo con Caiha, mi hermana. Esta vez, más que asco, siento tristeza; parece salida de la peor de las guerras, está llena de ampollas y heridas que apenas me dejan distinguir que ella es mi hermana.



En este ambiente de terror, solo falta la guinda del pastel. Llorando por la situación de mis hermanos, siento en mi pancita un dolor punzante y veo cómo alegremente se va la mosca que me ha escogido como la casa para su prole, empiezo a chillar como nunca y mami se acerca a consolarme dulcemente: —Cahul —oigo su voz.

Me gusta, y me quedo en silencio. He nacido.

Cada día se vuelve más sencillo vivir junto a mi familia y su presencia se hace más vital para mí. Amo a mis padres y a mis hermanos, aunque a la hora de jugar con estos últimos sus heridas nos limitan un poco. Pero con nuestra fuerza aún podemos atormentar a mami y a papi con nuestras épicas batallas. Hoy, papi nos trajo una especie de ratón gigante. Yo me extraño de que Caiha, quien siempre es la primera en acudir cuando llega algún bocado, esta vez no ha gritado para que le den algo, ni ha peleado en nuestro matutino encuentro por la comida, sino que se ha quedado quieta con los ojos desorbitados y con moscas en los costados.

Aquel día, mamá y papá solo pudieron derramar lágrimas silenciosas por la pérdida de su primogénita. Mamá fue quien tuvo la responsabilidad de sujetar el cuerpo sin vida de Caiha y separarlo de nosotros... para siempre.

Desde la pérdida de mi hermana, las peleas con Tomás se han vuelto aburridas; es demasiado fácil ganar, así que como solución trato de imitar a mis padres e intento volar.

«No te rindas, es demasiado fácil, mira cómo lo hace papá», pienso mientras me entreno para volar. Cada vez que viene una buena brisa me levanto sobre el nido y agito mis alitas como *nuggets* voladores. A veces puedo aguantar algunos segundos en el aire. Mamá dice que parezco una nube, incluso Tomás se ha puesto a entrenar. Él siente miedo cada vez que logra flotar, pero se ofende cuando destaco este hecho.

Cada día, gracias a mi “prodigioso” entrenamiento, se me hace más sencillo mantenerme en el aire, pero mientras más intentos hago, más disturbios hay, y se me dificulta mantenerme sobre el nido.

«¡Oh, oh!», exclamo mientras caigo a toda velocidad para estrellarme contra el suelo y quedar tal y como un *pancake*. ¿Cómo habrá sucedido esto? Se preguntarán, ¿no? Pues Tomás y yo estábamos en una competencia de quién llega más alto, y claramente gané. Pero, ¿habré ganado para mejor o peor? Porque en cuanto me di cuenta de que había ganado, una de las brisas fue más fuerte de lo común y logró desestabilizarme.



Mientras caía, hubo un momento en el cual pude pensar. Un momento de paz en el que cualquier acción que llevara a cabo impactaría en mí o acabaría con mi vida, en ese instante vi lo alta, magnífica y gloriosa que era la palma. En cambio, mi figura hecha retrato gracias a mi sombra era diminuta, débil y enclenque... Después de ese momento, pude volver a pensar en lo que le pasaría a mi frágil figura y de mí surgió un pensamiento que desató el más terrorífico sentimiento que encerró en un puño mi corazón...

«¿Voy a...?», reflexioné entre lágrimas. «¡No quiero!», grité mientras respondía a mi incertidumbre y cerré los ojos en silencio.

Nunca llegué a sentir el impacto contra el suelo, sino que sentí la suave brisa que algunas veces azota el nido. Abro los ojos, aún sigo llorando, pero ya no es de terror sino de infinita felicidad. ¡Qué hermoso! ¡Estoy volando! Cada segundo entre las nubes representa un nuevo juego, una nueva experiencia. Los Haitises, con sus preciosas plantas, parece una brillante esmeralda de forma irregular. Los cielos son como finas telas turquesa que fueron delicadamente decoradas con flores blancas y demasiado algodón, dan la apariencia de ser tan suaves como las plumas de mamá. «Esto es realmente hermoso», me digo más calmada, por lo que vuelvo al nido. Sé volar.

—Realmente me siento agradecida por todo lo que han hecho por nosotros, pero creo que ya es hora de salir y explorar por nuestros propios medios —digo, y luego pienso en que no pasará ni un día en el que no me arrepienta de haber tomado esta decisión.

Nada más decir esto, mamá y papá nos abrazan sonrientes mientras derraman lágrimas.

Tengo ganas de creer que estos llantos son de orgullo, no de miedo por la separación de sus amados polluelos. Por un segundo pensé en Caiha, ¿acaso mamá y papá creerán que moriremos como ella? Después de aquel fraternal abrazo, ellos secaron las lágrimas, sonrieron y se fueron.

—Adiós, mamá. Adiós, papá —recuerdo decirles por última vez, mientras pensaba en la típica algarabía de toda la familia, incluso de Caiha aclamando por comida.

Una o dos horas más tarde, Tomás y yo nos fuimos del nido.

—Bueno, Tomás, ahora es nuestro turno —dije.

—Adiós, pulga voladora— me contesta. Y allí nos separamos.

Papá siempre hizo parecer que atrapar animalillos para comer era algo de lo más sencillo, ¡mentira! Es la actividad más complicada y variable del mundo! Cada animalito es inteligente, aunque haya un perfecto silencio se dan cuenta de mi presencia, pero no todo es oscuro, algunas veces logro atrapar alguna presa y me pongo extremadamente feliz, porque sé que ese pedazo de carne me puede mantener con vida algún tiempo más.

A causa del destino, hoy he podido atrapar una buena presa que, aunque la estoy agarrando bien, forcejea con toda facilidad, logrando soltarse.

«¡No, no, no!», me molesto mientras mi única comida en días logra escaparse. Entonces voy a toda velocidad arriesgando lo poco que me queda de energía para atrapar a aquel pajarillo, sin darme cuenta de que a mis espaldas surgen pequeñas chispas hijas de un mechero humano y madres de un gran incendio forestal.

Ignorante del peligro, sigo persiguiendo a mi presa hasta que un olor a carne de pollo quemada y un dolor en mi ala me permiten descubrir lo que está pasando. Rápidamente me sumerjo en las aguas de una laguna cercana que me salva las plumas.

Poco después de este suceso, unos cuantos humanos perpetradores de este complot contra la naturaleza me encuentran y, creyendo que ya no sigo con vida, me agarran y lanzan lejos hiriéndome aún más, pero no lo suficiente como para impedirme el poder trepar a un árbol cercano que me ofrece sombra, cobijo y alimento.

Si fue difícil cazar cuando podía moverme, qué tanto lo será si hasta para alzar el cuello necesito un monumental esfuerzo. Ha pasado bastante tiempo desde que me asenté en este cómico arbolito de tamaño para bolsillo, ya he mejorado bastante y me es más fácil moverme. Un día unos niños se me acercaron y me empezaron a lanzar piedras, lo que me obligó a abandonar mi refugio.

Después de dejar mi arbolito por un tiempo, estuve desamparada hasta que encontré una palma altísima que me proporcionó un hogar y me permitió vivir cómodamente por un tiempo.

Mientras cazaba, sentí un cosquilleo en mi lado derecho que de inmediato me paralizó causándome un terrible dolor. De aquel lugar empezó a emanar sangre, aterrada me volví para observar al causante de mi desgracia: un humano con una pistola. Luego todo se tornó negro y me dormí. Ya en la noche,

desperté en una cabaña. Los humanos al verme de cerca se dieron cuenta del error y, para compensar el hecho, procuraron tener los mejores cuidados conmigo. Un mes más tarde ya estaba perfectamente y podía volar, así que sin vacilar los humanos me liberaron.

Ya estamos a principios de un nuevo año y surcando los cielos se pueden ver melosas parejas. Pero no siento envidia, muchos menos celos, porque yo también tengo mi romeo; su nombre es José, es gentil, amistoso y se comporta como un niño de cinco años.

Abril está presente y de la fresca primavera hemos pasado al caluroso verano. José ha terminado de construir un nido para mí y nuestros dos huevos color crema, moteados de un crema más oscuro. José, mejor llamado papá, más de una vez me hizo creer que se moriría mientras le contaba lo de los bebés. Volver a tener una familia que se necesita y se quiere entre sí parece irreal, pero es tan palpable...

Después de la llegada de Ámbar y Mario, nuestros bebés, los días fueron pasando fugaces y comprometiéndonos más con el futuro.

—¿Quién crees que salga primero? —preguntó entusiasmado papá.

—Obvio que será Ámbar —respondí, mientras observaba llorosa el agrietamiento de aquellos cascarones. Al final el primero en salir fue Mario y papá me observó triunfante como si hubiésemos hecho una apuesta.

La piel rosa de Mario, con sus exagerados temblores, me daban a conocer lo frágil y delicado que era; me apresuré a secarlo como mi madre una vez había hecho conmigo, mientras papá contemplaba entusiasmado el nacimiento de Ámbar. Al terminar de secar a mis polluelos, aquel tierno momento se tornó de repente en gracioso porque quedaron hechos dos bolitas de pelo.

Mientras veía cómo pasaban veloces los meses, sucedió un *déjà vu*. Hace alrededor de una semana, Ámbar se empezó a quejar de sus ampollas y de cómo estas le dolían demasiado. Tan solo tres días después de este calvario, encontré a mi bebé con los ojos desorbitados que aún estaban bañados en lágrimas. Sentí terror, recordaba la fatídica escena en la cual observaba muda la expresión de mi hermana que en ese momento no respiraba. Con pesadez, pude superar mi miedo, y separar el cuerpo sin vida de Ámbar de su hermano. Poco después papá volvió y con tristeza le comenté lo acontecido. Él no pudo contener sus lágrimas y lloró frente a nuestro ahora único hijo.



«Mamá, papá... ya es hora de tomar caminos distintos», dijo Mario. Aunque lloraba por dentro, me esmeré por la falsa sonrisa que le mostré a mi hijo. «Adiós, mamá. Adiós, papá», se despidió mi primogénito. Mario me recordó cuando dejé a mi familia para emprender una vida independiente. Papá y yo nos fuimos primero dándole unas palabras de aliento y recordando en lo profundo de nuestra alma cómo en un minuto aquella estabilidad, aquella cercanía, quedarían destruidas.

Aún con el fresco dolor de aquella separación, sé cómo volver a vivir solo para mí misma; cazar, dormir, pensar.

Recuerdo el miedo a volar por primera vez. Esa cercanía a la muerte es sofocante, como abandonar a un ser querido. Te hace confirmar lo que eres, sentirte orgulloso de aquello y ser capaz de observar que aquello te vuelve único, raro, exótico. En el mundo habrá personajes deseosos de tener una vida única e inigualable y que para referirse a ellos se use la expresión: "Rompieron el molde". Me hubiera gustado tener una vida tranquila, sin problemas, sin pérdida, sin ganancia, aunque aquello represente una vida monótona, pero por donde la mires, el hecho de nacer y desaparecer en sí es una pelea feroz y emotiva en la que no hay empate.

Mientras me refugio en una tormenta terrible, los rayos empiezan con una mortal danza que da como resultado un incendio que esta vez sí acabaría conmigo. Cuando veo aquel espectáculo, se me dificulta moverme y al intentar volar me doy cuenta asustada que las plumas de mi cola están quemadas.

No puedo huir de este peligro. Mientras me vuelvo cenizas, como el bosque que me dio hogar por tanto tiempo, pienso y recuerdo hasta que me doy cuenta de un detalle poderoso en todo lo que tengo: luz, hay demasiada luz.

Menciones honoríficas



Persio, un gavián en aprietos

El gavián está vivo

Hermoso plumaje

Sophía y sus aventuras

La aventura de Gabriel

El gavián tricolor

En busca de los gavianes

La tristeza de Gavilán

Mención

Persio, un gavián en aprietos

ISABELLA GALÁN SALCEDO

Ilustraciones: Angie Díaz

Persio, un gavilán en aprietos

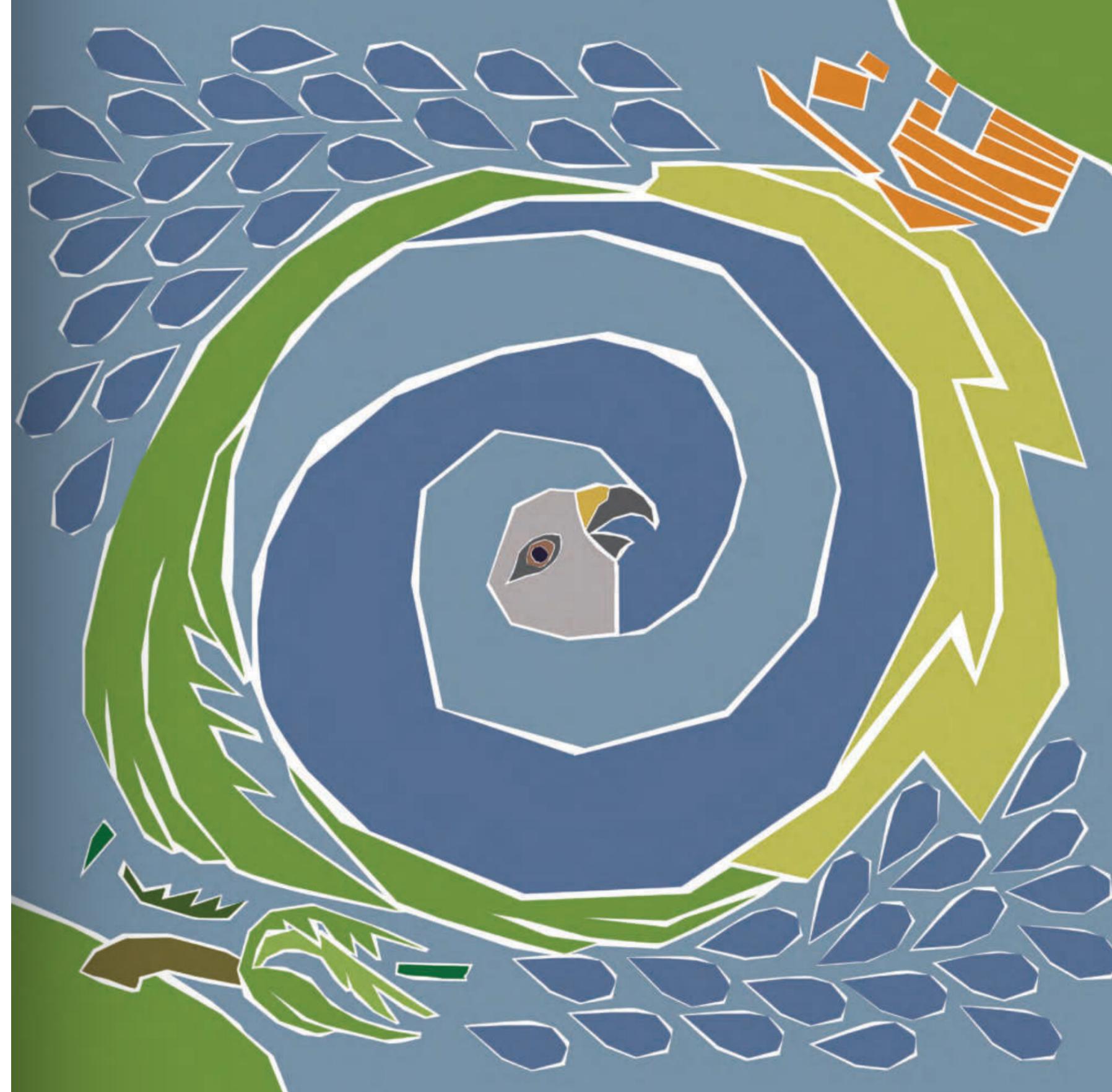
Desperté con los gritos ahogados de mi esposa Chira, diciéndome que le ayude con nuestros dos pequeños huevos recién puestos. Tardé unos pocos segundos en darme cuenta de lo que estaba pasando... Nuestro peor miedo: el fin de la vida de nuestra especie, la extinción de "los guardianes de La Española" y de la mayor parte de nuestros densos bosques.

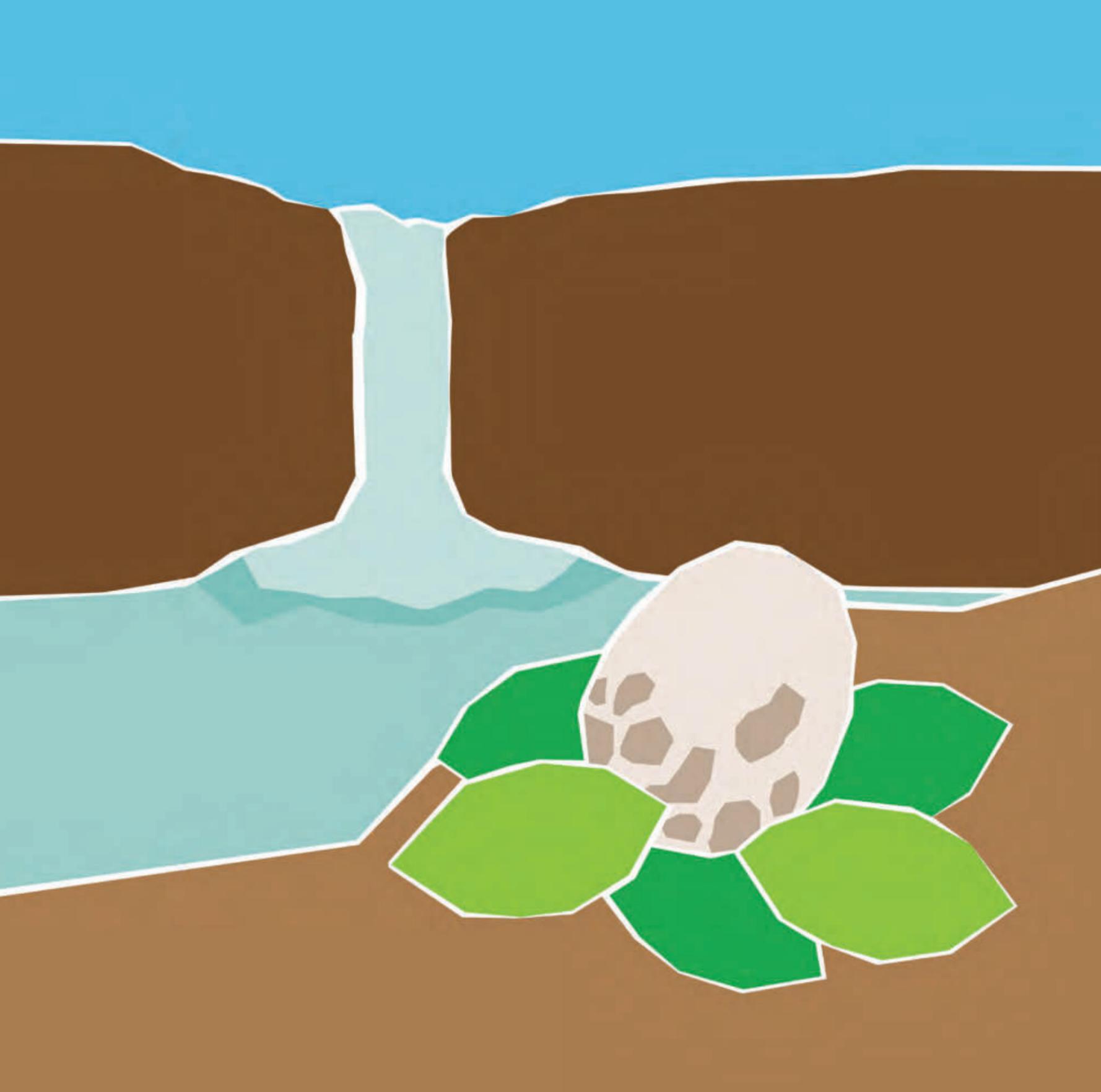
Unas ráfagas de viento nunca antes vistas y una cantidad inmensa de lluvia azotaban gran parte de nuestro hogar, Los Haitises. Estuvimos preparándonos para este día por semanas, habíamos sentido frías brisas viniendo desde el sureste y ya sabíamos lo que nos esperaba: un fuerte huracán.

Desde ese momento, los machos empezamos a cazar la comida para nuestras esposas, quienes permanecían en los nidos protegiendo a los huevos, y para algunas crías ya nacidas. Buscamos refugio entre los árboles más grandes, pero nada de eso sirvió para lo que estaba sucediendo.

Miré al lado y pude ver a mis amigos de toda la vida caer de lo alto de las palmas, y a otros no tener las fuerzas suficientes para volar contra los peligrosos vientos. Volteé hacia mi esposa, quien estaba llorando y con uno de nuestros huevos asegurado entre sus patas. Ella esperaba a que yo sostuviera el otro para partir hacia lo alto.

Todavía no me acababa de recuperar totalmente de lo que había visto hacía unos minutos, pero había cosas más importantes de qué preocuparse ahora, como mi familia, que iba a estar completa en unos días cuando los cascarones terminaran de romperse. Sin embargo, en este momento nuestro futuro no estaba seguro. No podía escuchar nada en concreto, solo gritos de ayuda, sonidos de ramas partiéndose





y árboles cayendo detrás de nosotros. Poco después, más gaviñanes se nos fueron uniendo, aquellos que lograron sobrevivir a la catástrofe producida en el lugar al que solíamos llamarle hogar.

Acordamos dirigirnos hacia el nordeste, cruzando la Bahía de Samaná. Llevábamos una hora de vuelo y notaba a algunos de nuestros compañeros cansados, pero ninguno más que Chira, quien no estaba acostumbrada a volar por más de veinte minutos y era solo para dar una vuelta por el bosque.

Su respiración era cada vez más pesada y cuando volteé para ver cómo estaba, solo asintió por el esfuerzo. Me planteé la idea de parar a descansar por unos minutos, pero no podíamos permitirnos aquello que considerábamos un lujo en esos momentos, pues las ráfagas de viento no cesaban y el cielo no parecía volver a cobrar ese azul intenso en mucho tiempo. Cuánto deseaba el caliente del sol, la suave brisa de verano, el olor a rosas floreciendo en la primavera... De repente, un crujido, un grito, y miradas de asombro, me sacaron de mis pensamientos: el huevo que llevaba Chira entre sus patas se había caído.

Desde el momento en que abandonamos el nido, sabía que algo así podría pasar, solo que no estaba consciente del riesgo al que estaban siendo sometidos nuestros huevos, y Chira mucho menos. Volamos más cerca el uno del otro en un intento de consuelo, aún sabiendo que nada iba a llenar el vacío que ambos sentíamos. Chira estaba devastada por haber dejado caer el huevo, y no la culpo en lo absoluto, sabía lo cansada que estaba y lo mucho que le costaba mantenerse estable solo con su peso. Me pregunto cómo aguantó tanto tiempo. Llegamos a escuchar muy vagamente algunas frases como: "Lamento tu pérdida" o "lo siento mucho". Solo asentíamos, pues ninguno estaba en condiciones de responder.

Tiempo después, cruzamos el territorio del parque con la esperanza de que el clima mejorara y, aunque solo un poco, se notaba la diferencia. Ya comenzaba a amanecer y algunos rayos de sol se filtraban entre las nubes, el cielo se estaba tornando más claro y la lluvia había cesado por completo, aunque las frías temperaturas seguían presentes.

Uno de nuestros compañeros de viaje divisó a lo lejos una cascada pequeña, pero con agua en abundancia, que desembocaba en la Bahía de Samaná. Finalmente decidimos hacer una parada cuando llegamos. Dejé el huevo que llevaba entre mis patas en un pequeño grupo de hojas a orillas del río, fue lo más parecido a un nido que pude encontrar. Todos nos saciamos de agua y poco después un grupo partió a cazar. Los demás nos quedamos descansando para recuperar fuerzas para el siguiente viaje. En esos momentos me puse a pensar en la charla que Chira y yo habíamos tenido hacía un par de días. Recuerdo lo asustados que estábamos de que alguna de nuestras crías, cuando naciera, se contagiara de la epidemia de ese momento: la larva de mosca. Hubo muchas pérdidas este verano: algunos queridos



amigos y otros pequeños gavilanes acabados de nacer. En parte estaba aliviado de no tener que vivir con el miedo de exponer a mis hijos a morir por esta plaga.

El sonido de fuertes aleteos me regresó al presente, el grupo que partió a cazar estaba de vuelta con suficiente comida para todos. En ese momento observé cómo más de la mitad de mi especie se había quedado atrás, atrapada entre los que antes eran nuestros bosques. De aproximadamente 300 gavilanes, logramos sobrevivir 100, y solo unos cuantos huevos que otros padres traían entre sus patas al igual que yo.

Ya era casi mediodía cuando partimos de nuevo. Nuestro siguiente destino era Samaná, donde esperábamos quedarnos por un tiempo hasta encontrar un lugar definitivo. Esta vez la travesía no se nos hizo tan pesada como antes; nuestras alas habían cobrado más fuerzas y la comida nos había hecho bien a todos.

Viajábamos a una velocidad mucho más rápida que la anterior y nos sentíamos más preparados. Volamos la mayor parte del tiempo sobre agua. Cuando vimos tierra, sabíamos que nos estábamos acercando. Empezamos a volar cada vez más bajo en busca de un hogar lo más parecido al nuestro. No tardamos mucho en encontrarlo. Nos adentramos en un bosque grande y húmedo muy cerca del río Yuna, y quedamos encantados.

Antes de instalarnos, exploramos el lugar para ver si era seguro. Mi mayor preocupación era volver a encontrar las moscas que nos habían hecho perder a gran parte de nuestra familia, al igual que la tormenta. Vi dibujarse una sonrisa de alivio en el rostro de Chira, al darse cuenta de que no había razón para temer. Cuando encontramos el área donde queríamos quedarnos escuchamos a otros animales que estaban escondidos. Luego, uno de ellos salió a la luz y los demás lo siguieron. No podíamos creerlo... ¡Eran gavilanes! Era un grupo que había emigrado de la parte norte de Los Haitises hacía un tiempo atrás, a causa de un incendio devastador en su hogar.

Encontramos una nueva familia, nuevos amigos, un nuevo comienzo para todos. Empezamos a recolectar ramas y hojas para hacer nuestros nidos. Chira y yo acabamos el nuestro e incluso nos gustaba más que el anterior, era más espacioso y estaba en lo alto del bosque donde teníamos una vista increíble.

Aunque extrañábamos a todos los amigos que habíamos perdido, estábamos felices por aquellos que habíamos encontrado... De nuevo, otro crujido, un grito y miradas de asombro habían interrumpido mis pensamientos, pero esta vez era el de un cascarón rompiéndose y una pequeña cabecita saliendo de este.



Mención

El gavilán está vivo

LARIANNA PINEDA CABRERA

Ilustraciones: Ilka Marra

El gavilán está vivo

A las 5:00 de la tarde, el viento procedente de los cerros cercanos era el mismo de todos los días. Los niños jugábamos a cualquier hora, y los mayores se ocupaban de los oficios propios de la gente adulta.

Sin embargo, aquella vez sucedió algo que jamás podré borrar de mi memoria: una bandada de aves descendió en picada hacia el patio donde nos encontrábamos desgranando unas habichuelas verdes, colectadas horas antes. Yo no le temía a las aves, pero esta vez me asusté mucho al ver que venían directamente hacia nosotros, y más cuando una de ellas pareció tocar el suelo y con una culebra entre sus garras volvió a alzar su vuelo.

«Son gavilanes, cazando serpientes», dijo el abuelo Teo.

Yo contaba con siete años, y desde ese día nunca perdí el interés por aquellas intrépidas aves que enfrentaban a uno de los animales más temidos. ¿Cómo evitaban asustarse ante la presencia de un ofidio, cuando existen tantas advertencias sobre ellos?

—No te acerques al bambú, que salen culebras —decía uno de los residentes de la zona.

—A la orilla de esa empalizada, Anselmo mató a la culebra el Viernes Santo —le respondió otro.

Por eso, al saber que los gavilanes son capaces de comer culebras, nunca pude dejar de pensar en ellos. Estas aves no solo se posan en altos árboles y adoptan una actitud muy parecida a la de las lechuzas, sino que es común escuchar su canto por encima de los tupidos bosques de Los Haitises.



Muchas veces me confundía, como la vez en que señalé a un aparente gavilán y alguien me corrigió: «Es un cernícalo». Tuve que aprender a diferenciar el gavilán, la cuyaya, el guaraguao y el cernícalo, pero ¡ya no me confundo! Es más, puedo decir que soy una de las amigas más cercanas de los gavilanes.

Así fue, hasta que mis padres, mi hermana y yo nos fuimos a vivir a los Estados Unidos.

Sin embargo, antes de comenzar a estudiar en la universidad, regresamos de visita donde mi abuelo, en las inmediaciones de Los Haitises. Yo me sentí perdida. El lugar estaba desolado: ya no existían los árboles altos, las cayas, los candelones, las jabillas, la caoba y el corazón de paloma; el arroyo estaba seco; y, lo más triste de todo, no se escuchaba el canto de las aves.

«Abuelo, ¿dónde están los gavilanes?», indagué alarmada. El viejo me miró con una pena que salía de lo más profundo de su ser y trató de pronunciar algunas palabras, pero no tuvo la fuerza suficiente para hacerlo; se quedó en silencio. Inmediatamente comprendí que algo grave estaba pasando, como en la escena de una película de terror, no solo con los gavilanes, sino con todo lo que tenía vida en ese lugar.

«El mundo se está acabando», dije para mis adentros. Y no volví a hablar al respecto.

Al día siguiente, tratando de acostumbrarme al sombrío panorama matizado por incendios forestales, tala de árboles y ausencia de vida, escuché que uno de los vecinos decía que habían llegado los observadores. «¿Quiénes son los observadores?», pregunté. Entonces no solo me contaron la historia completa de mi querida ave, sino cómo las enfermedades, la depredación, los fuegos forestales y muchísimas cosas más, casi habían hecho desaparecer al gavilán; también me refirieron que unos científicos provenientes de la Capital acudían al rescate, sobre todo de los polluelos, porque eran entes más vulnerables y menos resistentes que las aves adultas.

Entablar relación con los observadores fue fácil. Casi me pongo a llorar cuando me contaron que esta especie estaba a punto de desaparecer para siempre de la faz de la Tierra. Me explicaron que el gavilán había sido colocado en la categoría de *peligro crítico de extinción* por la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza. Me informaron, también, que a la fecha solo quedaban de 250 a 300 gavilanes... Esta noticia me partió el alma, y ya no quise seguir escuchando.

Al volver a los Estados Unidos, mi vida nunca volvió a ser la misma. Allí tuve la oportunidad de tomar un curso relacionado con la protección de aves; dos años después, volví a mi patria para unirme al grupo de cuidadores de la vida silvestre. Así me establecí en The Peregrine Fund, una institución creada

específicamente para la protección del Gavilán de La Española, donde me asignaron la tarea de cuidar a polluelos enfermos por la picadura de una mosca denominada *Philornis pici*, y donde desarrollé una cercana amistad con un pequeño gavilán en convalecencia, al que me dediqué con todas mis fuerzas.

Cuando el chiquitín llegó por primera vez a mis brazos, el único sonido que emitía era un graznido parecido al sollozo de un bebé. Estaba débil. Lo trajeron junto a otras dos aves, ambas infectadas por la picadura de la *Philornis pici*. Era el sujeto 645, un gavilán endémico de La Española. Lo dejaron bajo mi cuidado: lo etiqueté, analicé sus pruebas de sangre y comencé el protocolo de tratamiento para monitorear sus condiciones de salud y el momento exacto en que estuviera listo para regresar a su entorno natural en Los Haitises.

El pequeño parecía eclipsado por las blancas paredes del lugar. El frío lo mantenía en constante movimiento, como si se tratara de un comportamiento aprendido para evitar una hipotermia. Lo pasé de la jaula a la incubadora. Me miró. Un iris grisáceo delataba su corta edad...

Recuerdo que una noche me acompañaron las pesadillas: el gavilán ni comía, ni dormía, ni se movía... ¿Y lo peor de todo? ¡Yo estaba ahí! Pero no podía hacer nada porque me encontraba inmobilizada; limitada a llorar y a observar cómo los veterinarios revisaban el cuerpo sin vida del pobre animalito.

Al día siguiente, mientras saludaba a mis compañeros, escuché que hablaban de la muerte de un pequeño gavilán en el Departamento de Biología, que es mi área de trabajo. De un momento a otro, me sentí perdida y en medio de una convulsión febril; mis anotaciones cayeron al suelo, y mi respiración se volvió pesada. Mis compañeros decían mi nombre, tal vez para que despertara de mi trance, pero yo ya iba lejos; me había levantado corriendo hacia el laboratorio, donde estaba el gavilán.

Cuando abrí las puertas de par en par, para encontrarme con su cuerpo inerte, lo que vi me hizo volver a la realidad: allí estaba él, vital y expectante. De inmediato, me inundó la felicidad y una sonrisa se plasmó en mi rostro. Su iris se tornó amarillo y estaba creciendo. Pronto nos iríamos a Los Haitises.

Cuatro meses más tarde, nos encontramos en el lugar donde todo empezó. Estaba muy nerviosa, tanto así que Leslie se ofreció a sujetar la jaula por mí, pero me negué. Tal vez esta sería la última vez que lo vería, pero tenía la seguridad de que sabría distinguir su piar de los demás. Sabía que lo recordaría, y prometí que iba a enmarcar todas las fotos que nos tomamos con mi celular.

Abrí la jaula. Esta vez su canto no parecía un sollozo, era fuerte. Se posó sobre mi hombro y, con un grito de júbilo, se perdió en el inmenso y majestuoso bosque de Los Haitises. Aunque todo resultó un poco confuso, amé cada segundo de aquel espectáculo; sonreí con la mayor felicidad del mundo.

Entonces, recordé a Enrique Galván, él era el único que podría definir aquella sensación tan alocada: "Bendito sea el caos, porque es síntoma de libertad...".



Mención

Hermoso plumaje

ALEJANDRA CAIRO TORIBIO
Ilustraciones: Ivanna Candelier

Hermoso plumaje

El capricho humano ha sido la mayor pesadilla de todo ser vivo en Los Haitises, principalmente en los de mi especie: los gavilanes. Con la tala indiscriminada de árboles nos atemorizan y nos dejan sin hogar; mientras que con la caza nos ponen las plumas de punta, porque actualmente quedamos pocos sobrevivientes.

Debo confesar que soy uno de las que ha pasado perturbadoras horas de su existencia bajo los efectos tóxicos de los absurdos antojos del hombre. Así que, partiendo de mi experiencia, procederé a contar mi historia:

Todo empezó una mañana. El canto de los gavilanes irrumpió en el silencio que encerraba el amanecer. Con mi pico rompí el frágil cascarón del que había emergido el día de mi nacimiento. Posado en la fresca hierba del lugar y rodeado por las diminutas piezas en que se había quebrado la cáscara que me trajo al mundo, alcé mis ojos y sentí cómo me alumbraba el sol. Aprecié la belleza de la frondosa arboleda y lo radiante de las lagunas frescas; ese espléndido paraíso del que gozaba, se llamaba hogar.

Días después aprendí a volar, y me encantaba sentir el aire; surcar los cielos a toda velocidad y explorar mis alrededores; jugar con el polen de las flores y comer de los deliciosos y frescos frutos de aquella región que poblaban los gavilanes. Era increíble la gran aventura que rodeaba a una pequeña e inofensiva ave como yo.

Pero al pasar el tiempo, la vida ya no era igual y no me sentía acogida dentro del espacio que originalmente había denominado como hogar. El otrora radiante sol se desvaneció, las nubes



se tornaron grises y el aire empezó a sentirse pesado. Al poco tiempo de haber descubierto todo a mi alrededor, mi plumaje se volvió escaso; pensé que era algo normal, pero lucía diferente al de los demás.

De repente, me invadió un escalofrío, como cuando escuchas el agudo aullido de un lobo en luna llena; había sido arrastrado por mis temores más profundos, y sin posibilidad de poder escapar de estos. Ahora me percataba de cómo el mundo se derrumbaba sobre mi cabeza. Solo hay una causa de por qué pasó todo: ilos efectos del capricho humano!

Al amanecer, muchos animales (como la jutía y la cotorra) se quedaron sin hogar; la mayoría de esas especies no lograron sobrevivir... Fue la mañana más difícil de mi existencia. Los árboles frondosos ya no eran más que simples troncos llenos de desencanto; aquellas lagunas antes llenas de vida, ahora se mostraban como cauces secos. Lo único que imperaba en aquel espacio era la desilusión.

En aquella ocasión, después de varias horas transcurridas, sentí cómo un manto me levantaba, abrigaba y bajaba del nido. Al principio pensé que así se sentía estar al borde de la muerte, pero lo que estaba percibiendo era que un humano me sujetaba con ambas manos. Me llevaban a tierra para ponerme un suero que sanase mis heridas -más emocionales que físicas, debo decir-. También me encaminaron hacia un lugar de pruebas llamado "laboratorio", donde estudiaron el porqué de la escasez de mi plumaje; en tanto, me alimentaron y me hicieron sentir que estaba como en casa.

No podía entender qué decían, ya que el lenguaje animal no es igual al humano. Sin embargo, pude entender que más sujetos de mi especie han pasado por todo esto: escaso plumaje, la sensación de estar al borde de la muerte... itodo! Pensaba que era el único que comprendía lo que sucedía en aquel lugar.

Semanas después, era yo otra vez: aquella avecilla inofensiva a la que le encantaba jugar y revolotear. No estaba en la zona que me vio nacer, ya que esa parte de Los Haitises se había sumergido en el caos y en los sueños rotos, pero me trasladaron a un lugar acogedor, donde podía sentirme segura de mí misma.

Libertad fue la primera sensación que experimenté al llegar y contemplar el maravilloso paisaje de mi nuevo hogar. Aunque era una "prisionera" más en el mundo de los humanos, comprendí que no todos eran iguales: cada quien tenía sus virtudes y cualidades, fortalezas y defectos, y eso los hacía especiales; lo mismo pasaba con las aves, pero de diferente forma. Por primera vez sentí que la raza humana hizo una obra de bien en el reino animal, en vez de contribuir a que el mundo se destruyese y desvaneciese.



Otra vez gozaba de lo que era sentirse plena. Alcé mis alas, empecé a volar y de nuevo sentí cómo el aire me besaba. Firme y segura, agradecí a quienes salvaron mi vida con un silbido. Así que, volé todo el día, porque no hay mejor forma que sentirse libre... ¿o no?

Cacé algunos lagartos y saltacocotes, y pude saborear su espléndido sabor. Me enfoqué en mi plumaje y vi que estaba más radiante que los frutos recién maduros; era de un color azul grisáceo, con toques de azul intenso y marrón chocolate.





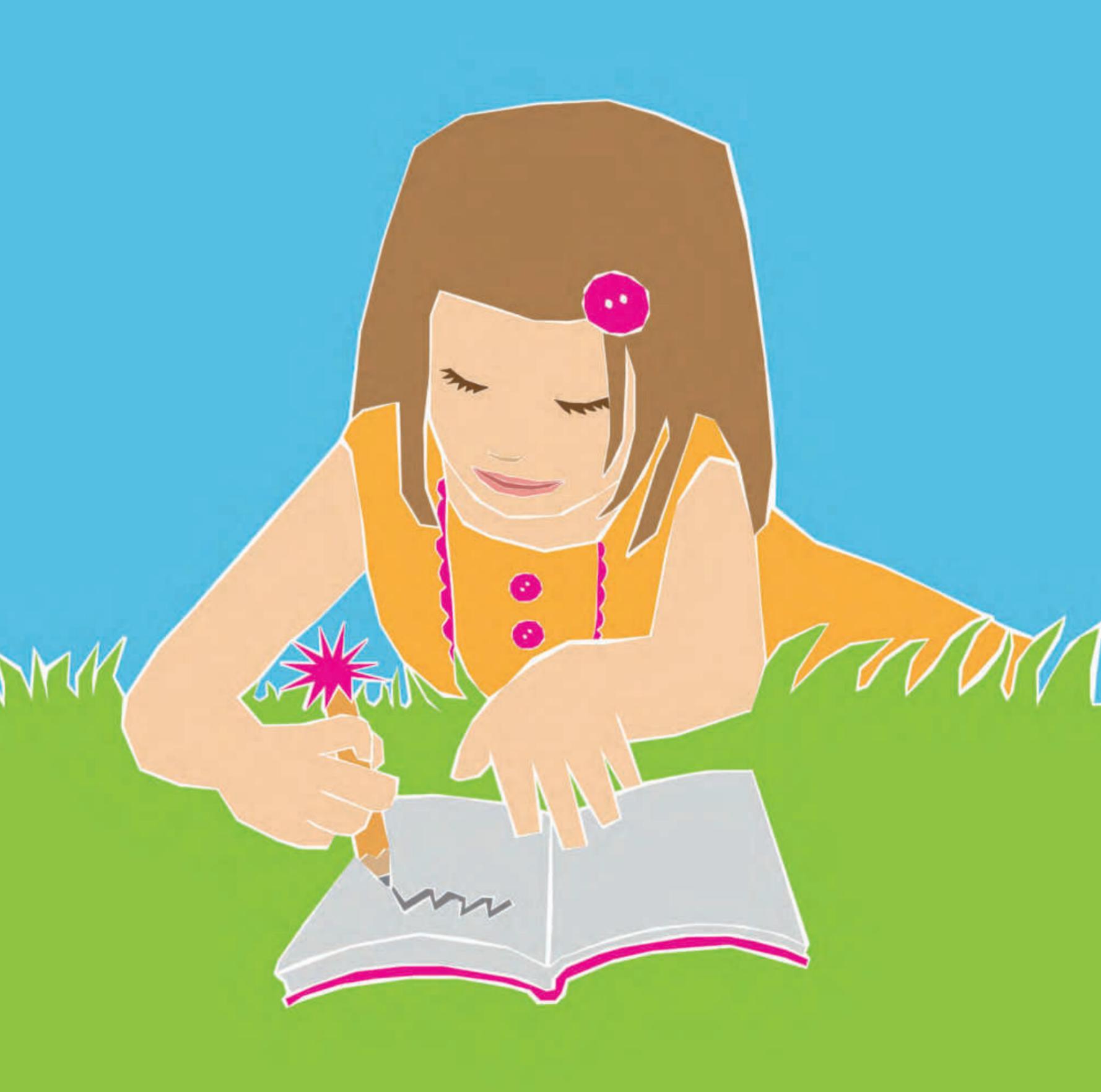
Finalmente, también me di cuenta de que podía lucir espectacular a la hora de emprender mi vuelo con aquel brillante, vistoso y hermoso plumaje... ¡El mío!

Mención

Sophía y sus aventuras

MARÍA LAURA CARRERO

Ilustraciones: Angie Díaz



Sophía y sus aventuras

Hola a todos. Soy Sophía y este es mi diario. Lo comencé cuando llegamos a Santo Domingo, el 4 de enero de 2008. Para mí, este diario es como mi mejor amigo, pues no tengo amigos aquí, en el parque Los Haitises. A veces persigo y juego con los gavilanes, además de ayudar a mi papá a cuidarlos y vacunarlos. Vivimos en una casa muy grande, hecha con recursos naturales, como ramas y hojas de palma bien amarradas para que cuando llueva no entre el agua.

8 DE ENERO

Querido diario:

Hoy me subí en muchos árboles para ayudar a mi papá a rescatar gavilanes. Cuando agarramos a 12, los llevamos a la clínica de mi papá, y ayudé a bañarlos. Luego, le pusimos la vacuna contra los gusanos. Por cierto, si no lo hacemos, estos se les introducen por la piel; luego de un tiempo los gavilanes mueren y los tenemos que enterrar. Sé que es una historia muy triste, pero así es como se van muriendo y extinguiendo.

12 DE ENERO

Hola, de nuevo.

Hoy seguiremos buscando gavilanes para rescatar. Es un poco complicado encontrar tantos, pero hacemos todo lo posible por salvar a la mayor cantidad. Y sé que te preguntarás: «¿Quiénes somos



nosotros?»». Te voy a responder. Las personas integradas al proyecto para cuidar los gavilanes son: mi mamá, mi papá, todos los veterinarios, las personas que trabajan en el parque de Los Haitises... ¡y yo! Bueno, aunque muchos no sepan lo que hacemos, tratamos de que sea para el bien de la naturaleza y de los gavilanes. Como dice una frase que me gusta: "Work for a cause not for applause, live life to express not to impress". Esto significa: "Trabaja por una causa no por aplausos, vive la vida para expresarte no para impresionar". Entonces hago mi parte para ayudar a la naturaleza y motivo a las personas a que la cuiden.

16 DE ENERO

Hola, otra vez.

Me acabo de enterar de que apenas quedan 200 gavilanes en nuestra isla. ¿Puedes creer eso? Y todos están... ¡en el parque de Los Haitises! Acaban de anunciar que es el ave más amenazada de la República Dominicana y está en la categoría de peligro crítico. Si le pudiera decir a las personas que cuiden al gavilán, lo diría de esta forma: «Les pido de corazón que nos ayuden a tratar de que se detenga la extinción de los gavilanes; es una de las especies de aves más lindas que he visto. Para evitarlo, tienen que saber la causa: la deforestación los está dejando sin un hogar en donde vivir. También los campesinos los han estado matando, porque los gavilanes se comen la cría de sus gallinas. Sé que nada de eso es su culpa, y en esa parte no pueden ayudar, pero hay que educar a las personas mostrándoles la belleza de la naturaleza y los animales. También haciéndoles entender la importancia de cada especie natural y vegetal. Por favor, ayúdenos a informarle a todo el mundo que el Gavilán de La Española está en peligro de extinción». Aunque no he tenido la oportunidad de hacerlo, estoy segura de que cuando la tenga inspiraré a muchas personas a que cuiden a este especie.

20 DE ENERO

Buenos días.

Hoy no estoy muy feliz. Me dijeron que cerca del parque están talando árboles. ¿Sabes lo que eso significa? Menos lugares donde puede vivir el gavilán. Mi papá y yo pasamos por el lugar y encontramos un nido con huevos rotos en el piso. Si te preguntas cómo sabemos que son de gavilán y no de otro animal, la respuesta es que sus nidos presentan un gran tamaño. También, las hembras ponen siempre de dos a tres huevos (blanco cremoso, con manchas marrones). Así, justamente, eran los que vimos. Me da mucha lástima saber que no pudieron nacer cuatro o cinco gavilanes por culpa de la deforestación.





24 DE ENERO

Hola, y adiós.

Creo que este será el último día que escriba en mi diario en mucho tiempo. Volveré a los Estados Unidos, mi país natal. Allí estaré con mis abuelos y tíos. También, mis padres y yo iremos a una convención para compartir todo lo que descubrimos. Vamos a motivar a científicos y a personas interesadas para que ayuden con una donación. Esta colaboración contribuirá a pagar equipos de científicos, el viaje, medicinas y máquinas para hacerles estudios. También quien quiera, puede ir a verlos en el parque de Los Haitises y disfrutar de la naturaleza y la paz. Quiero que las personas recuerden que un grano de arena hace la diferencia y, mientras más personas ayuden, mayor impacto habrá en la sociedad. Deben ser parte del cambio que quieren ver en el mundo.



Mención

La aventura de Gabriel

SABRINA MARIE DÍAZ FIRPO

Ilustraciones: Ilka Marra

La aventura de Gabriel

Mi nombre es Gabriel, el Gavilán, y vivo en el Parque Nacional Los Haitises. Hace mucho tiempo, exploraba junto a mi padre las maravillas de la República Dominicana y, en el trayecto, conocimos a otros gavilanes. Él falleció, pero esa no es excusa para no recordar esos buenos momentos que compartimos. De hecho, estoy a punto de volver a explorar los rincones de esta isla hermosa...

—¿De verdad quieres irte? —me pregunta mi esposa Gigi. Tenemos dos huevos, así que tiene miedo de que me pase algo.

—No te preocupes, Gigi, si el viento no va en la dirección contraria, llegaré en menos de una semana —respondo con seguridad para tratar de calmarla.

—Está bien, pero abrígate y come bien, no quiero que te enfermes —con esas palabras se despide la futura madre de mis hijos.

—Bien, así lo haré. Adiós, Gigi —le contesto.

Tomo impulso y vuelo lo más alto que puedo. El viento está de mi lado; calculo que volveré muy pronto.

Dos horas después, llego a Monte Plata y me detengo a descansar en un árbol. «Vaya, el camino estuvo más largo de lo que recuerdo», me quejo.

—Miren, ¡allá arriba hay uno! —dice alguien. Cuando miro al suelo, observo a unos hombres con armas en sus manos. Me alarmo un poco, por lo que me alejo lo más discretamente posible a un árbol con muchas hojas. «Tal vez estaban haciendo otra cosa... Eso espero», me digo a mí mismo.





Está atardeciendo, así que decido buscar a otros gavilanes.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —grito a todo pulmón.

— ¡Ey! —escucho a alguien responderme.

—¿Hola? ¿Dónde estás? —digo mientras busco de dónde proviene la voz.

—Shhh... haz silencio, te van a escuchar —responde con impaciencia. Entre las sombras, veo a un gavilán.

—¿Qué está pasando? —pregunto curioso.

—Nos están cazando —expresa con cierta tristeza.

—¡Ay, no! Tengo que regresar a casa rápido —me escandalizo y pienso en Gigi.

—Será mejor que te vayas en la noche, así no te verán —le escucho decir. Preocupado, accedo. Me acerco hacia donde está y conversamos hasta que cae la noche...

—Bueno, muchas gracias por ayudarme —me despido.

—No hay de qué. Ten cuidado —dice mientras me alejo para emprender el vuelo.

—Lo tendré, adiós —le respondo. Acto seguido, tomo impulso y vuelo lo más rápido posible. En el camino pienso en lo lamentable de la situación, me entristezco y deseo que no le pase nada a él ni a sus amigos.

Dos horas después, regreso a mi hogar. Aún cansado, me acerco rápidamente al nido en donde están los huevos. Allí está Gigi, empollándolos.

—¿Están bien? —digo tan pronto estoy a su lado.

—Sí —responde sorprendida al verme—. ¿Qué ocurrió?

—Los humanos... tenían armas. Pensé que me iban a atacar, por eso vine lo más rápido posible —le cuento con un poco de nerviosismo que se refleja en mi voz.

Gigi abre los ojos preocupada, pero no dice nada al respecto.

—No te preocupes, estamos bien —asegura con una sonrisa, mientras se levanta y me muestra a los polluelos durmiendo.



—¡Nacieron, Gigi, nacieron! —exclamo con alegría.

Ante mi alboroto, los pequeños gaviñanes se despiertan. Gigi y yo platicamos y jugamos con ellos hasta que se quedan dormidos nuevamente. Gigi hace lo mismo. Yo, en cambio, no puedo dormir, así que me paso la noche completa observando que nada nos pase.

Al día siguiente, Gigi despierta y nota mi cansancio.

—¿Estás bien? —me pregunta mi esposa.

—Sí, solo necesito descansar —luego de decir esto me quedo profundamente dormido.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero me despierto al escuchar los gritos de Gigi.

—¡Gabriel, se llevaron a los polluelos! —exclama con desesperación. Me levanto rápidamente y noto a unos humanos sosteniendo unas cosas puntiagudas. Salto del árbol para atacarlos, pero estoy muy cansado, lo que provoca que choque contra el suelo. Los humanos me capturan y me tapan los ojos, pero logro escuchar a mis hijos piar muy alto.

—No se preocupen, papá está aquí y los va a ayudar —les digo para tratar de calmarlos.

Siento un picor entre mis plumas. Escucho a uno de los humanos decir que se trata de una inyección, pero no sé qué es eso. Me colocan algo extraño en una de mis patas y, luego de un largo rato, me devuelven a mí y a mis hijos al nido, junto a mi esposa Gigi.

Dos semanas después de aquel encuentro, los humanos nos continúan visitando. Los escucho decir que, de no ser por la medicina, los polluelos hubiesen muerto a causa de una larva. Yo tiemblo de solo escucharlos, no me imagino la vida sin mis hijos.

Algunas veces, también vienen niños y niñas a jugar con mis polluelos. Yo solo espero que sigan cuidándonos así, porque nuestras vidas dependen de gente como ellos... y como tú.



Mención

El gavilán tricolor

RICARDO JOSÉ JIMÉNEZ DE LA ROSA

Ilustraciones: Ivanna Candelier

El gavilán tricolor

Yo soy el gavilán y tengo una familia: una esposa y dos hijos. No cuento con tantos amigos porque muchos han muerto por culpa de los humanos y de los líquidos que nos han lanzado. Aunque a partir de aquello, los gavilanes duramos casi 100 años sin soportar a la clase humana, después todo mejoró y esta dejó de caernos tan mal.

Yo enamoré a mi esposa con mi hermoso plumaje, pues a ella le encantaba por los diferentes colores que tiene (marrón, gris y crema). En cambio, mis retoños son de tonalidad blanca, con una combinación de la paleta cromática que heredaron de mí; a uno de ellos le gusta hacer muchas travesuras, y el otro es tranquilo como su madre.

Hace unos meses que uno de ellos se enfermó, ya que un extraño insecto le picó y le provocó el contagio de una larva que le quitó toda la piel y que le impidió que esta le volviera a crecer.

Yo traté de conseguir ayuda para curar a mis crías, pero no tenía muchos amigos. Así que, le pedí ayuda a diferentes animales de la zona: me acerqué a un gusano y él huyó, porque pensaba que me lo iba a comer; le pregunté a una gallina, pero trató de esconderse en varios lugares (del otro lado del río, tras un arbusto y al cruzar un lago) hasta que -por fin- la encontré al lado de un árbol... Y así, conseguí ayuda.

Cuando le pregunté a la huidiza ave por qué me salía corriendo, me dijo que lo hacía porque mi especie es carnívora y pensaba que me la iba a comer. Ante su palpable preocupación, le respondí que no la iba a devorar, porque no me gusta atropellar a animales inocentes.





Dicho esto, el primer consejo que me dio esta nueva aliada fue que debía hacer a un lado mi instinto de cazador, porque de ese modo nadie me iba a ayudar. A seguidas, indagó cuál era mi problema y le expliqué que uno de mis hijos estaba muriendo a causa de la picadura de un insecto. Aunque confesó que no sabía mucho sobre el tema, me externó que una amiga podía auxiliarnos y me prometió que trataría de buscarla para decirme dónde encontrarla.

Dos días después, esta gallina me reveló que ubicase a mi “salvadora” en el árbol de caoba cercano al río, donde las hojas exhibían un verdor diferente al de las demás, y así lo hice. Allí encontré a una paloma... aunque era muy raro ver a esta especie en el bosque!

Ella me dijo que su ayuda dependería de cuál era la situación, entonces le expliqué que mi hijo menor había enfermado a raíz de una picadura. La solución que me planteó esta sabia especie, que conocía todo tan cerca porque sobrevolaba diferentes zonas constantemente, era mudarme a uno de los árboles del parque.

De ese modo, volví a mi antiguo árbol para buscar a mi esposa e hijos, con el claro objetivo de reubicar nuestro nido. Luego de mudarme allí con mi familia, llegaron unos humanos; entonces tuve miedo, porque no sabía si se trataba de un grupo de rescatistas o de depredadores.

Traté de llamar la atención de los de mi especie para que se dieran cuenta de que “peligrábamos” en aquel árbol, pero nadie nos escuchó... Entonces, unos hombres treparon hacia nuestro hogar, tomaron a nuestro hijo enfermo en sus manos y lo bajaron del nido. Pensé que se lo iban a llevar, pero una vez en la sombra vi cómo lo “intervenían”.

Ellos bañaron a mi pequeño, quitándole toda la mugre de encima; le eliminaron la larva que lo invadía y le cortaron un poco el pelaje que se había visto afectado. Luego bajaron a mi esposa y a mi otro hijo, y también les hicieron una limpieza. Yo comencé a volar para ver mejor lo que sucedía. Por último, me procuraron a mí y me aplicaron el mismo proceso que al resto de los míos; la verdad es que se sentía rico estar libre de la mugre y el mal olor.

Además, nos pusieron un identificador en la pata para saber dónde estábamos. Varias semanas después, a mi pequeño le volvió a crecer el pelaje, ya no estaba enfermo y los humanos nos empezaron a visitar semanalmente para ver cómo seguíamos. Y así, mi familiares y yo estuvimos... ¡felices por siempre!



Mención

En busca de los gavilanes

ZELIDEE ANTONIELA GÜÉMEZ HENRÍQUEZ

Ilustraciones: Angie Díaz

En busca de los gavilanes

Siempre se repite en mi mente aquella historia que me cambió la vida... Aquel lunes por la mañana, mi día transcurría como cualquier otro: me levanté temprano, me preparé para salir, encendí mi camioneta y salí hacia Los Haitises.

Mi visita al Parque consistía en cazar aves y a otros animales -principalmente gavilanes, porque al estar en peligro de extinción pagan mucho por ellos-, pero no me voy a desviar del tema... Como les iba diciendo, empecé a buscar en lugares altos y húmedos, porque mis presas siempre andan por ahí; sin embargo, en esta ocasión no aparecían por parte.

Sentado bajo la sombra de una palma real, después de un largo tiempo de espera, escuché un ruido que provenía de un nido asentado en la rama de un árbol, pero... inada de gavilanes! No aparecían por ningún lado. Era increíble, como si hubiesen desaparecido de la faz de la Tierra; esto me asustaba mucho, porque podría afectar las ganancias que obtenía gracias a ellos... ¡y eso no lo podía permitir!

Así que me negué totalmente a aceptar esta situación, y seguí buscando gavilanes. Sin darme cuenta cayó la noche, pero me dispuse a pasarla en el bosque a la espera de encontrarme con alguno. Entonces, inicié una recolección de ramitas para encender una fogata mientras me acercaba a mi camioneta, donde me aguardaba un saco de dormir; allí tropecé con una piedra y caí al suelo.

Al caerme se dispersaron las ramas por todo el lugar y tuve que empezar a recogerlas desde cero; por suerte, muchas habían caído juntas y solo tuve que apilarlas, pero otras tuve que buscarlas pormenorizadamente. Lo extraño es que, mientras me agachaba, divisé una luz que salía de debajo de una de las ramitas.



Sin pensarlo dos veces, levanté la rama y no sé que pasó, porque me desmayé por unos segundos... ¿o tal vez minutos? La verdad es que no estoy seguro. Solo sé que sentí que volaba y que veía hermosos paisajes sobre Los Haitises; me sentía como si fuese un ave y ¡vaya que era divertido! Además, no tenía que preocuparme por trabajar... ¡era lo mejor del mundo!

En ese preciso momento, desperté y volví a la realidad, donde las personas no vuelan y tienen que trabajar para vivir, por lo que no me quedó otra opción que levantarme del piso y caminar hacia mi camioneta. Al llegar descargué las ramitas en el suelo, agarré una bien gruesa y con mi navaja le hice un pequeño orificio para improvisar un taladro y encender el fuego; a seguidas, tomé mi saco de dormir, me acurruqué dentro de este y después de unos minutos quedé rendido completamente y... ¡desperté!

Sí, así de fácil. Me dormí y, en un segundo, desperté; o al menos eso fue lo que creí, porque el sueño que tuve me hizo perder la noción del tiempo al sentir que era un ave de nuevo, pero esta vez no volaba feliz, sino asustado. Mientras maniobraba con mis alas, me paré a descansar en un árbol y un gato salvaje se abalanzó sobre mí; afortunadamente, logré escapar y me sentí muy aliviado, así que me pregunté a mí mismo: «¿No crees que tuviste mucha suerte? ¿Será posible que esto le pase a los gavilanes? ¿No te da pena?». De inmediato, respondí afirmativamente a todas mis interrogantes y no pude soportar la idea de pensar que, como ave, un gato me comiese... ¡eso sería horrible! Asimismo, reflexioné que esta no era la única causa de la extinción de esta especie y lo sabía muy bien porque, lamentándolo mucho, yo formaba parte de sus depredadores. Así llegué a la conclusión de que nada ni nadie merece algo así; por esta razón, me desperté asustado y pensativo.

Sentía que no era justo lo que sufrían estas pobres aves –en lo que a mí respecta, no me gustaría que me comiesen o me cazasen–, pero pensé que no podía cambiar el mundo, porque yo solo era un hombre común y corriente. Así que tomé mis cosas, apagué la fogata, me monté en mi camioneta y retorné a mi casa. Al llegar a mi hogar, tomé un periódico y empecé a buscar un nuevo trabajo, porque ni loco pensaba volver a cazar aves ni ningún otro animal. ¡Jamás en mi vida! Mucho menos después de aquello que había soñado.

Tras una ardua búsqueda, no encontré ningún trabajo a mi medida, así que decidí tomarme unas vacaciones temporales. Me paré de la mesa y caminé hacia el televisor. Al terminar de ver mi programa favorito, me fui a dormir y... ¿adivinen qué? ¡Soñé de nuevo que era un gavilán! Al principio era divertido, pero me tuve que parar en un árbol porque escuché que un pichoncito pedía ayuda.





Este chiquitín sonaba muy triste y, cuando me acerqué, me di cuenta de que estaba enfermo. Al aproximarme más a su nido, me di cuenta de que era un pequeño gavilán; lo observé, y noté que una especie de gusanito había invadido su piel. Al parecer era una larva y se veía que el pequeñito estaba agonizando, porque esta le estaba chupando la sangre. Me asusté tanto al verlo... Jamás había presenciado algo igual.

Esta vez desperté agitado y pensé: «¿Y si todo esto es una obra de Dios para que yo haga algo al respecto?». ¡No podía ser que todas estas “locuras” formasen parte de un sueño sin sentido! Debía de ser un llamado para proteger a estas avecillas que tanto sufren. Así que, raudo y veloz, me paré de la cama y me dirigí adonde guardaba mi computadora para buscar en internet qué larvas atacan a los gavilanes. Tras documentarme bien al respecto, me dispuse a crear una entidad que protegiese a esta especie... ¡y así lo hice!

La *Fundación Salvemos a los Gavilanes* fue financiada tanto por una compañía, como por buenas personas, en aras de que esta ave retomase su espacio en la fauna dominicana. Una de las primeras acciones que encabezamos fue capturar cuidadosamente a todos los gavilanes posibles, a fin de desparasitarlos y de ponerles localizadores para que, al dejarlos en libertad, pudiéramos ayudarles si algo les pasaba.

También hablamos con el Gobierno para que se encargase de reubicar a todos los campesinos asentados en el Parque de Los Haitises, ya que muchas de sus malas prácticas ambientales son una de las principales causas de la extinción del gavilán.

Gracias a Dios, todo salió muy bien y esta especie no solo está volviendo a colmar de esplendor y alegría los cielos de la República Dominicana, sino la vida de todos sus habitantes.



Mención

La tristeza de Gavilán

CUENTO COLECTIVO DE ESTUDIANTES DE 7.º Y 8.º,
ESCUELA PRIMARIA LOS GUARAGUAOS, LOS HAITISES

Ilustración: Ilka Marra



—Ay, amigo Paco, en mis vuelos veo con tristeza cómo los hombres no se conducen de nuestro hábitat; qué pena, qué tristeza... pronto no tendremos dónde vivir. Mira, ya no habrá ni una palma para hacer nuestros nidos, para tener a nuestros hijos; los polluelos quedarán a expensas de los depredadores —dice Gavilán, mientras observa los árboles que les rodean.

Paco, quien lo escucha con mucha atención, suspira y responde:

—Amigo, debemos hacer algo para que el hombre no siga dañando nuestro

hogar, matando a nuestra especie, quemando nuestros bosques, talando nuestros árboles... y lo que es peor, contaminando el aire que respiramos todos.

Gavilán se queda mirándolo fijamente y contesta:

—¿Pero qué podemos hacer nosotros, Paco? Soy un simple gavilán y tú un simple guaraguao; no podemos salir a la luz porque los cazadores nos matan. Además, dejamos a nuestros polluelos a expensas de los depredadores que harán de ellos su plato del día...



Paco reacciona con sorpresa ante tal comentario y es allí donde el bombillo de las ideas se enciende sobre su cabeza.

—Mi amigo Gavilán, creo que debemos reunir a todas las especies del bosque para juntos buscar una solución a este problema tan grande que pesa sobre nosotros.

—Pero, Paco, vamos a preocupar a todos y lo más probable es que se muden a otro bosque y nos dejen solos; tú sabes que quienes más están en peligro somos nosotros; a ti te matan porque te alimentas de las aves domésticas que ellos usan para alimentarse... y a mí me matan porque me confunden contigo.

—Sí, pero debemos correr el riesgo y buscar el apoyo masivo. Vamos a volar llamando con nuestro silbido a todas las aves, convocaremos a todos a lo más alto de la montaña, así nos protegeremos de ser atacados por el depredador más grande del mundo: el hombre —dice Paco con convicción.

Su amigo Gavilán no está muy seguro de que lo logren, pero acepta la propuesta.

—De acuerdo. Vamos a hacerlo, amigo, porque cada día estoy más triste por esta situación.

Los dos volaron, volaron y volaron, para convocar a todas las aves que habitan en Los Haitises hasta que pudieron reunir las a todas en el pico de la montaña.

—Amigas aves, las hemos reunido para que juntos busquemos una solución al problema que tenemos con el hombre, quien está acabando con nuestro hogar— dice Gavilán caminando de un lado a otro.

Al escucharlo, las aves engrifan sus plumas pues les tienen mucho miedo al depredador más peligroso del mundo. Paco, al percatarse de esto, decide corroborar el discurso de su amigo.

—Como todos saben, una gran parte de nosotros está en peligro de extinción. A esos depredadores de allá abajo no les importa nuestra suerte; nos matan, contaminan los bosques y ríos, tumban los árboles para hacer carbón, dañan los cultivos con pesticidas y, lo que es peor, no saben que a ellos y a su descendencia les hace daño todo esto.

Lechuza, que escucha atentamente aquellas palabras, exclama:

—Enfrentarnos a los gigantes de armas de fuego no es tan fácil, podríamos perecer en el intento.

Colobrí no se queda atrás y también se pronuncia:

—Pero podríamos irnos a otros bosques en busca de una mejor vida, donde estemos más protegidos.

Un silencio embarga a todos al percatarse de que Gavilán estalla en llanto.

—Yo jamás dejaría mi casa, Los Haitises es mi hábitat. Irme de aquí será como morir en vida.

Paco se entristece al ver a su amigo así, por lo que no pierde tiempo en replicar:

—¡Señores, no nos equivoquemos! Nuestro bosque es uno de los más seguros, lo que debemos evitar es que lo dañen y, de paso, que nos maten. Algo bueno ocurrirá a nuestro favor. Ya verán. No desesperen.

Mientras las aves discuten su destino, un grupo de hombres y mujeres analizan en las oficinas de un hotel cómo proteger a las especies del mundo, en especial al Gavilán de La Española, así como a Los Haitises, un patrimonio nacional de la República Dominicana.

El señor Fred, quien dirige la reunión, dice con voz fuerte y decidida:

—Señores, debemos proteger a Los Haitises. Se trata de una gran fuente de vegetación natural de nuestro país y, sobre todo, es el lugar donde vive el gavilán, un ave rapaz que por nuestra depredación está en peligro de extinción. Sugiero que cambiemos nuestra siembra de ñame, yuca, yautía, maíz, habichuela y batata, por algo que se pueda producir sin dañar el medioambiente.

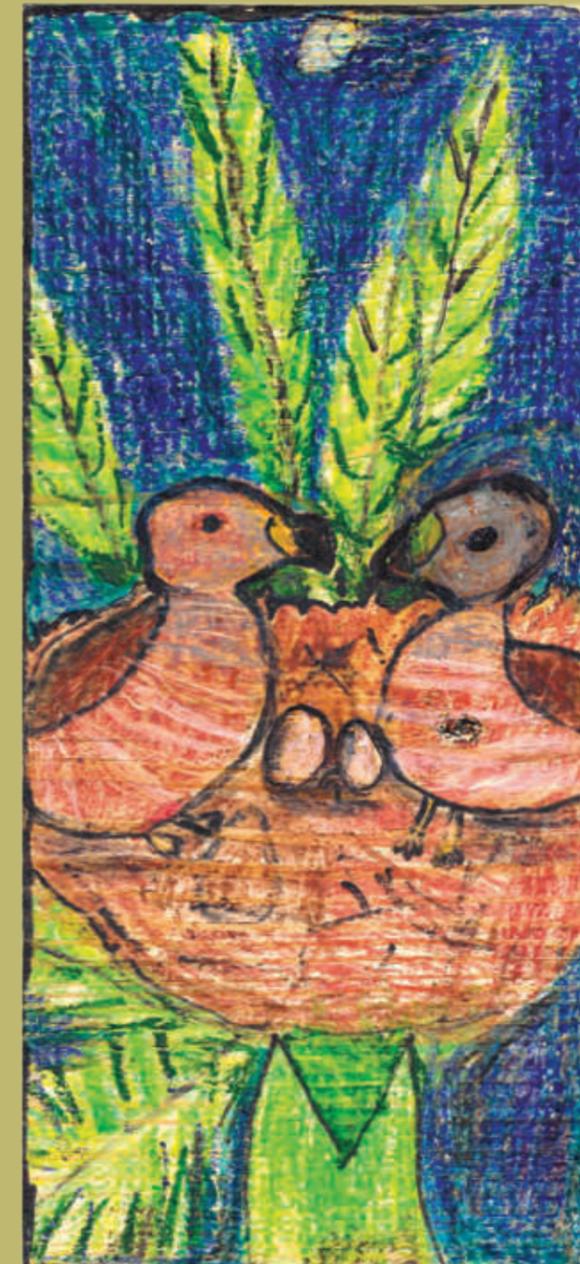
Todos quedan muy sorprendidos ante aquellas palabras, pero a una sola voz preguntan a Fred:

—¿Y qué podemos sembrar?

Fred, confiado en que ellos aceptarían, les dice:

—Cacao.

A partir de aquella decisión, Gavilán, Paco y las demás aves pasaron a vivir en el lugar más seguro para ellos: Los Haitises.



Mojave Hayes, 8 años, mayo de 2017

letra natural

6^{ta}. Edición Concurso



Fundación Propagas
Av. Jacobo Majluta Km 5 1/2, Santo Domingo, República Dominicana
Tel. 809-364-1000, Ext. 2295 ■ Web: www.fundpropagas.com
E-mail: info@fundacionpropagas.do
Todos los derechos reservados, 2017